

frecuentó diariamente los salones del Círculo popular, el club Sterbini, y los otros conciliábulos, donde el fuego de la revolución ardia bajo la ceniza democrática. La presencia de lord Minto era el precursor de las tempestades que se aglomeraban en el sombrío horizonte del cielo de Roma.

»Tocábase entónces la época designada para la reunion de los miembros de la Consulta de Estado: á las nueve de la mañana, el cardenal Antonelli, presidente de la Consulta, y los veinticuatro diputados de las provincias llamados á formar parte de ella, llegaron al Quirinal, y se reunieron en el salon del trono, para depositar á las plantas del Sumo Pontífice los homenajes de la asamblea y los testimonios de adhesion, de que se hallaba animada, para justificar la confianza de su soberano y la eleccion de sus mandatarios. Contestó con dignidad el papa manifestando que no entendia abdicar su soberanía, y los diputados salieron del Quirinal: dos batallones de la Guardia cívica vestidos de gran uniforme les aguardaban en la plaza con las tropas designadas para servirles de escolta: tomaron asiento en veinticuatro carrozas de gran gala que habian facilitado las primeras familias patricias de Roma, y el cortejo emprendió la marcha á través de las oleadas del pueblo, desde el Quirinal al Vaticano. Todas las casas estaban llenas de colgaduras, todas las ventanas adornadas con banderas y estandartes con los colores de Pio IX y con las armas de las legaciones. Todos los balcones estaban engalanados de verdes guirnaldas y de coronas de flores. Un destacamento de dragones en uniforme de gala abria la marcha, precediendo los coches del cardenal presidente y del prelado vice-presidente de la Consulta, rodeados los dos con las banderas de los catorce distritos de Roma. Venian en seguida los coches de los diputados, precedido cada uno de ellos de las armas de la provincia, y de dos estandartes, uno ostentando el nombre de la legacion y el otro el de su representante. Oficiales de la Guardia cívica marchaban inmediatos á cada coche, escoltado por numerosas diputaciones que cada provincia habia enviado para tomar parte en aquella fiesta verdaderamente nacional. Cerraban la marcha los batallones de la Guardia cívica.

»Daba la una en el reloj del Vaticano cuando este dilatado cortejo, seguido de una inmensa muchedumbre, llegó á la gran Basí-

lica. Los diputados se formaron junto al altar, colocado debajo la cátedra de San Pedro, y oyeron religiosamente el santo sacrificio de la misa. Luego después se trasladaron á los salones destinados para el ejercicio de sus funciones, y abrió la sesion el cardenal Antonelli.

»Por la noche se iluminó la ciudad. Un gentío inmenso se derramó desde la plaza de Venecia á la del Pueblo, debajo de un continuado dosel de banderas y estandartes. Recorria el Corso un considerable número de jóvenes de todas clases de la sociedad entonando himnos compuestos en honor de Pio IX, llevando un bosque de banderas en medio de las cuales veíase ondear el estandarte de la Gran Bretaña. Estos jóvenes, despues de haberse presentado debajo de las ventanas de los ministros de Cerdeña y de Toscana, pasaron debajo de las de lord Minto para repetirle las ovaciones de los dias anteriores. El oficioso representante de la Inglaterra, llamado por las aclamaciones de la calle, se asomó al balcon: al verle se dejaron oír de todas partes los gritos de ¡viva lord Minto! cuya intensidad se redobló asi que el lord, colocando la mano sobre su corazon y levantando los ojos al cielo, exclamó patéticamente; ¡Viva la liga Italiana! ¡Viva la Italia! ¡Viva la independencia de los Italianos! ¡Viva Pio IX!

»Un magnífico baile dado por el príncipe de Torlonia en la sala del teatro de su propiedad, debia terminar aquella noche y enaltecer la generosidad del rico banquero. Inspirados los revolucionarios por el sentimiento de los celos, quisieron usurpar al príncipe el mérito de su noble accion, obligándole hasta cierto punto á tasar, á beneficio de una sala de asilo, los billetes de entrada y los refrescos que ofrecia á todos los convidados. La concurrencia fué considerable. Entre los escogidos personajes que se mezclaron con la multitud notábase el ministro de Toscana, vestido de gran uniforme, y lord Minto fraternizando con Ciceriacchio. Un solo hombre se distinguió por su ausencia y fué el embajador francés, conde Rossi. La Francia, que habia alentado la política de Pio IX, empezaba á conocer que sehabia excedido de su objeto.

»Aquel dia se resolvieron todas las dudas suscitadas acerca de Pio IX y sobre el pensamiento de las reformas políticas. Su discurso, improvisado en el acto de la apertura de la Consulta, y

por consiguiente ignorado de sus ministros, dispó de una vez los temores, las sospechas acerca de las intenciones secretas del soberano, y al mismo tiempo las culpables esperanzas que fundaba el partido contrario en la pretendida debilidad del Pontífice. En efecto, los temores de los unos y las esperanzas de los otros se disiparon desde el momento en que el Papa, despues de haber llamado á los súbditos que eligiera, protestó solemnemente contra las tentativas subversivas, declarando que de ningun modo entendia dividir los derechos de su soberanía.

»Semejante alocucion, enérgica por el pensamiento y por la entonacion de la voz con que se habia proferido, consternó á los agitadores de las sociedades secretas. Uno de ellos, Sterbini, desmintiéndose á sí propio, exclamó al bajar las gradas de la escalera: *¿pero quién piensa en dividir los poderes de este excelente hombre?* Si en aquel momento Sterbini hubiese podido encontrar bajo la presion de su mano, la sombra de una conciencia honrada, una voz interior le hubiera respondido: ¿tú preguntas quién es el que piensa dividir el poder de Pio IX? En efecto, Sterbini era uno de los miembros mas avanzados en el secreto de la conspiracion contra la Santa Sede.

»El periódico de Sterbini, *El Contemporáneo*, órgano declarado de la revolucion, era el promovedor en jefe de todos los escándalos. No satisfecho con criticar los actos del gobierno, registraba con su pluma el interior de las familias. Independientemente del crecido número de periódicos, que ciegos recibian un dia y otro sus inspiraciones, los revolucionarios poseian una prensa oculta, de la cual se servian, ora para verter el vituperio y la amenaza, ora para comunicar avisos. Las paredes de las casas, las esquinas de las calles, daguerreotipaban sus pérfidas elucubraciones. Demasiado inteligentes en la ciencia del mal para atreverse á atacar cara á cara el papismo, lo iban minando sordamente en la persona de sus agentes. Para llegar con mas seguridad á Pio IX, batian en brecha á los que le rodeaban, aislándole en su poder, esparciendo la duda acerca de sus actos, y la desconfianza en su corazon.

»No nos detendremos en explicar aquí las grandes exigencias que se hicieron al Sumo Pontífice en los primeros dias del

año 1848. Solo si insertaremos la siguiente proclama fechada en Santa Maria la Mayor el dia 10 de Febrero de dicho año, respondiendo á aquellas exigencias.

»¡Romanos!

»El Pontífice, que por el espacio de casi dos años ha recibido de vosotros tantas demostraciones de amor y de fidelidad, no es sordo á vuestros temores ni á vuestros deseos. No cesamos de discurrir por que medios podemos, sin faltar á nuestros deberes con la Iglesia, extender y perfeccionar las instituciones que os hemos otorgado voluntaria y espontaneamente; empero únicamente inspirados por nuestro ardiente deseo de dar la dicha á nuestro pueblo y por la estimacion en que tenemos sus nobles cualidades.

»Habíamos pensado en la organizacion de la milicia antes que la voz pública la reclamara, y hemos buscado como procuraros del exterior el concurso de oficiales, cuya experiencia militar pueda auxiliar la buena voluntad de los que sirven al Gobierno pontificio de una manera tan honrosa. Para ensanchar la esfera á los que por la experiencia y el conocimiento de los negocios pueden concurrir á las mejoras, ya habíamos pensado dar una participacion mas lata al elemento laico en nuestro Consejo de Ministros. Si el acuerdo de los principes, de quienes la Italia ha recibido las reformas, es una garantia de estos beneficios recibidos con tanto júbilo y reconocimieto, contribuiremos por nuestra parte á conservar y estrechar las relaciones de la mas sincera amistad y benevolencia.

»Nada, ¡oh romanos y súbditos de la Santa Sede!, nada de cuanto pueda contribuir á la tranquilidad y al honor del Estado lo olvidará vuestro Padre y vuestro Soberano, de quien habeis recibido y todavia recibiréis tantas pruebas de su paternal solicitud, si llega á obtener del cielo que Dios infunda en los corazones italianos el espíritu de paz y de sabiduria. En caso contrario, resistirá, con el auxilio de las mismas instituciones que ha dado, á todo movimiento de desórden, á toda peticion contraria á sus deberes y á vuestro bienestar.

»¡Romanos! escuchad la voz consoladora de vuestro padre, y cerrad los oidos á esos gritos que salen de bocas desconocidas, y que tienden á agitar los pueblos de la Italia por medio del temor

de una guerra extranjera. Los hombres que lanzan tales gritos os engañan; quieren arrastraros por medio del terror á buscar la salvacion en el desórden; desean confundir por el tumulto los consejos de los que gobiernan, y con tal confusion, dar un verdadero pretexto á una guerra que, si no la damos motivos, será imposible contra nosotros. ¿A que peligros, os pregunto, puede estar expuesta la Italia, mientras que un lazo de gratitud y de confianza *purificado de toda mezcla de violencia* unirá la fuerza de los pueblos á la sabiduria de los príncipes, á la santidad del derecho?

»Nos, sobre todo, Jefe de la santísima Iglesia católica, ¿creéis que si fuésemos injustamente atacados, no veríamos acudir á nuestra defensa una multitud inmensa de hijos, que vendrían á proteger la casa paterna, el centro de la unidad católica? ¿Que don tan magnífico, entre tantos otros como ha dispensado el cielo á nuestros tres millones de súbditos el de que posean, entre los pueblos de todas las naciones y entre todos los idiomas de la tierra doscientos millones de hermanos! En otros tiempos bien diversos, cuando la caída del imperio romano, la unidad católica fué el áncora de salvacion que preservó de la ruina á Roma, y á la Italia misma; y ahora será nuestra mas segura garantía mientras que en su centro resida la Sede apostólica.

»A este fin, ¡oh gran Dios! ¡benedicid la Italia y conservadle el mas precioso de todos los dones, la fé! ¡Benedicidla con aquella bendicion que implora humildemente vuestro Vicario con la frente inclinada! ¡Benedicidla con aquella bendicion que imploran por la misma Italia los Santos de quienes fué cuna, la Reina de los Santos que la protege, los Apóstoles cuyas reliquias conserva, y vuestro Hijo, hecho hombre, que ha querido que esta Roma fuese residencia de su representante en la tierra.»

Los revolucionarios se habian propuesto imitar ó seguir los pasos de la insurreccion triunfante de Paris, y cada día hacian al Padre Santo nuevas exigencias. El senado y los miembros de la municipalidad arrastrados por aquel vértigo de peticiones, se presentaron el día 6 de Marzo en el Quirinal, para pedir al Santo Padre un gobierno representativo. Hé aquí la contestacion de Pio IX:

»Los acontecimientos, que no solamente se suceden, sino que se van precipitando, justifican lo bastante la peticion que vos,

señor senador, me haceis en nombre del Consejo y de la Magistratura de Roma. Todo el mundo sabe que sin cesar me ocupo de dar al gobierno la forma que esté mas relacionada con las exigencias actuales. Todo el mundo sabe las dificultades á que se vé expuesto el que reúne en su persona dos grandes dignidades, para trazar la línea de demarcacion entre sus dos poderes. Lo que en un gobierno secular puede hacerse en una noche, solo puede verificarse en el gobierno pontificio, después de un maduro exámen. Me lisonjeo, sin embargo, que dentro de pocos dias podré (hallándose ya terminados los trabajos preliminares) participaros el resultado, que corresponderá á los deseos de todas las personas razonables. ¡Bendiga Dios mis deseos y mis trabajos! Si de ello debe sacar ventajas la religion, me arrojaré á los piés del Crucificado para dar gracias al cielo de cuantos acontecimientos ha permitido, y quedaré mas satisfecho como Jefe de la Iglesia universal que como príncipe, si resultan para la mayor gloria de Dios.»

»Para comprender de un golpe de vista el estado que presentaba la ciudad eterna, donde empezaba no solo á insultarse á las personas mas respetables y honradas sino á cometerse asesinatos y toda clase de tropelias, basta leer la siguiente *alocucion* pronunciada por Su Santidad en 1.º de Mayo. Dice así:

»Cuando Dios, decía Pio IX, por uno de sus admirables designios nos llamó, á pesar de nuestra indignidad, á tantos soberanos pontífices, ilustres por la santidad, la ciencia, la prudencia y demás virtudes, sentimos inmediatamente la importancia, el peso grave y las dificultades de la carga que se nos confiaba; y elevando hácia él las miradas de nuestra alma, lo diremos en alta voz, descorazonados y abatidos, le suplicamos nos asistiera con una abundancia extraordinaria de luces y gracias. No ignorábamos la posicion bajo todos conceptos difícil en la que nos íbamos á encontrar, las dificultades han sido tantas, que hemos atribuido á un verdadero milagro del Señor el que no hayamos sucumbido en los primeros meses de nuestro pontificado; pues aun nos admiramos como hayamos podido resistir á la presencia de tantos males, como los que nos mortifican y gastan sensiblemente nuestra fuerza y nuestra vida.

»Para calmar nuestra inquietud nos bastaban las demostracio-

nes de amor que nos prodigaba un pueblo que teníamos derecho á creer afecto á su propio padre y soberano; por esto nos consagramos con mas ardor á implorar el socorro de Dios por la intercesion de su santísima Madre, de los santos Apóstoles protectores de Roma y de otros bienaventurados habitantes del cielo.

»En estas disposiciones examinamos la rectitud de nuestras miras, y luego, tomado consejo de muchas personas, y por regla general de todos nuestros venerables hermanos los cardenales, adoptamos las medidas relativas á la organizacion del Estado, que han sido sucesivamente aplicadas. Ellas fueron acogidas con el júbilo y los aplausos de todos sabidos, recompensa abundante para nuestro corazón.

»No obstante sobrevinieron en Italia y en casi toda la Europa acontecimientos que, inflamando los espíritus, hicieron concebir el proyecto de hacer de la Italia una nacion mas unida y compacta, y de nivelarla con las potencias de primer orden. Este sentimiento produjo la insurreccion de una parte de la Italia, impaciente para emanciparse. Los pueblos corrieron á las armas y se prosigue aun la lucha entre los combatientes.

»Ningun impedimento se opuso al ardor de una parte de nuestros súbditos que espontáneamente se constituyeron en milicia cívica; organizados por sus respectivos jefes, recibieron orden de detenerse en la frontera del Estado. Estas instrucciones estaban conformes á las explicaciones que Nos dimos á los representantes de las naciones extranjeras, así como á las exhortaciones que Nos dirigimos á los militares que ántes de su partida solicitaron de Nos una entrevista. Nadie ignora las palabras que pronunciamos en nuestra última alocucion, por las que hemos dado á conocer que nos hallamos muy lejos de declarar la guerra, al paso que por otra parte tampoco queremos de ninguna manera apagar el ardor de aquellos súbditos nuestros que se hallan animados del mismo espíritu de nacionalidad que los demas italianos.

»Y aquí no queremos prescindir de recordaros que en esta ocasion no olvidamos la solicitud que os debemos como Padre y Soberano; Nos, hemos tenido cuidado de proveer, por los medios que hemos creído mas conducentes, á la mayor seguridad posible de aquellos hijos y súbditos nuestros que sin nuestra voluntad se hallan expuestos á las vicisitudes de la guerra.

»Las palabras de la alocucion que acabamos de recordar han producido una emocion que amenaza estallar en actos de violencia, y que no respetando siquiera las personas, pisoteando toda especie de derecho, intenta,—¡oh gran Dios, hiélasenos el corazón al pensarlo!—intenta enrojecer las calles de la capital del mundo católico con la sangre de venerables personajes, victimas inocentes señaladas al furor insensato de algunos desgraciados que se resisten á escuchar la voz de la sazón.

»¡Y ved ahí la recompensa que debia esperar un soberano Pontífice por tan repetidas muestras de amor como tiene dadas á su pueblo!

*¿Popule meus, quid fecit tibi? ¡Oh pueblo mio, que mal te he hecho!*

»Entre los personajes notables de Roma por su adhesion á la Santa Sede, como así mismo por su ilustracion, destacaba el conde Rossi, caballero distinguido por la elevacion de su criterio y su inflexibilidad de carácter. Aprovechando Pio IX las vacaciones de las Cámaras llamó á Rossi, al cual participó su resolucion de designarle para formar un ministerio.

»No dejó de conocer el conde las grandes dificultades de aceptar en tan calamitosos dias el cargo del gobierno, pero pudo mas en él su amor á la sagrada persona del Papa y se sometió á la voluntad del soberano.

»Una dificultad se presentaba. Rossi era francés y en su calidad de ex-embajador de Luis Felipe no tenia relaciones cordiales con la República. Su nombramiento, pues, no seria agradable al Gobierno de Francia. El duque de Harcourt allanó todas las dificultades, pues aunque republicano era muy afecto á Pio IX.

»Rossi, formo ministerio con las personas siguientes:

»El cardenal Soglia, presidente y secretario de Estado. Cicconari, Gracia y Justicia. Montanari, Comercio. El príncipe Rignaro, obras públicas é interino de la Guerra. Guarini, ministro sin cartera. Rossi, interior, policía é interino de Hacienda.

»Apenas se supo la constitucion del nuevo ministerio, se enfurecieron los clubs, pero Rossi no era hombre que se acobardaba. Habia aceptado el gobierno y estaba dispuesto á llenar cumplidamente todos sus deberes, cualesquiera que fuesen las consecuencias.

»Los hombres de orden vieron los felices resultados de sus primeras disposiciones, y todos adquirieron grandes esperanzas; el Clero y las Ordenes religiosas le ofrecieron su apoyo y se comprometieron á facilitarles una suma de veinte y un millon de francos para que pudiese hacer frente á las grandes necesidades de la Hacienda.

»Concibió Rossi el pensamiento de la organizacion civil de los Estados romanos, y entabló negociaciones con Nápoles, Florencia y Turin, para establecer las bases de una confederacion de los Estados italianos.

»El 4 de Noviembre apareció en la *Gaceta de Roma* una nota en la cual Rossi refutaba enérgicamente las aseveraciones del ministerio de Turin que en 21 de Octubre se habia atribuido toda la gloria de los proyectos favorables á la nacionalidad.

»Cuando estaba próximo el dia en que debian abrirse las Cámaras, sabiendo Rossi que uno de los mayores elementos de perturbacion era el P. Gavazzi, le hizo encerrar en la cárcel de Corneto, con lo que lanzaba un guante á la revolucion. Esta lo recojió del siguiente modo.

»Una sociedad de mazzinianos se reunia dos veces por semana en el teatro Capránica de Roma. Allí, por orden de Mazzini, se decidió sortear cuarenta entre ciento diez y seis asesinos, que habian de ser los destinados á proteger al que habia de sacrificar al conde Rossi. De estos cuarenta habian de ser elegidos nuevamente tres: estos últimos se llamaban *feritori*; y uno de ellos debia dar la muerte á Rossi.

»Uno llamado Constantini fué el agraciado por la suerte (!) para clavar el puñal en el pecho de Rossi.

»El asesinato se ensayó sobre un cadáver.

»Salió bien la prueba y aquella horda de caribes sonrió de placer.

»El hecho se hizo público.

»El conde recibió un aviso. La duquesa de Rignano, al amanecer, le envió un billete, concebido en estos términos: «Mi querido conde, os amenaza el mayor de los peligros que durante vuestra vida hayais corrido. Si salis, sereis asesinado. Dado caso que no podais evitar vuestra asistencia á la sesion de las Cámaras, tomad

sérias precauciones; de estas depende vuestra vida.» Hé aquí la contestacion del ministro: «Mi querida duquesa: agradeciéndoos el interés que demostrais por mi persona, creo deber deciros que vuestros temores me parecen exagerados. Para evitar cualquier atentado están tomadas todas las precauciones necesarias. Quedad tranquila respecto á mi y sobretudo por lo que toca á vuestro esposo. Todo vuestro, el conde Rossi.»

»A aquel aviso sucediéronse otros. Después, al tiempo que almorzaba con la condesa, su esposa, un criado, le avisó que habia en la antesala una persona que deseaba verle para un asunto grave y urgente: «Contestad á esa persona, dijo el conde, que hoy no puedo recibirla: mañana le concederé audiencia.»

»Cuando volvió á presentarse el criado: dijo: «Señor, la persona que deseaba hablaros ha dicho al retirarse: «¡Mañana! ¡ah!, quizá esta hora es ya demasiado adelantada, para evitar lo que me proponia impedir; ¡mañana! ¡Ah, no me será fácil verle!

«La condesa al oír aquello no pudo menos de extremecerse.» ¡Ah! le dijo: ¡el cielo te avisa por todos conductos! ¿No crees del caso reflexionar acerca de tu situacion?»—Eres muy niña, la replicó el conde. Si amenazan es porque temen. Enseguida se dirigió al Quirinal. Presentóse al Santo Padre y le dijo:—Vengo á recibir las órdenes de Vuestra Santidad.—Solo una tengo que daros, contestó el Papa.—¿Cual?—La de que tomeis todas las precauciones imaginables para evitar un gran crimen y una profunda desgracia.—Son demasiado cobardes; no se atreverán, Padre Santo, replicó Rossi.—¡Dios lo quiera! exclamó el Papa, y le bendijo.

»Cuando bajaba tranquilo la escalera del Quirinal, un respetable sacerdote, le salió al paso y le dijo: «Me precisa, señor conde, comunicaros un asunto importante.»—Padre contestó el conde: me es imposible atenderos en este momento.—Señor: urge de tal modo que me escuchéis ahora que si no es ahora, mi mision seria ó tardía ó inoportuna. Y sin esperar contestacion, le manifestó que aquella mañana, encontrándose en la Iglesia de Jesus, una mujer pálida se le habia acercado haciéndole saber que en una capilla inmediata, le aguardaba un personaje para comunicarle un asunto de alta importancia: que él habia vacilado, pero que ella, añadió: «Quizá podreis impedir la consumacion de un gran crimen.» Que